

¿quién duda que, en vez de honrar á Dios, lo que hace es escarnerle?

Así, pues, en los fieles cristianos que *hallándose en estado de gracia*, oyen Misa, celebran, ó cooperan á ella en algunos de los modos dichos, su obra es *meritoria* de aumento de gracia y de gloria; *satisfactoria* de las penas temporales debidas por los pecados, é *impetratoria* de cualquier beneficio divino que les sea verdaderamente útil.

11. Mas el cristiano *que no posea el estado de gracia*, esto es, que se halle manchado con culpa mortal, cuando oiga Misa sólo podrá recibir el fruto *impetratorio*, porque es incapaz de los demás efectos. Si no está en gracia ni merece gloria, ¿cómo ha de *merecer* aumento de la gloria y de la gracia? Si tiene culpa grave y es reo de pena eterna, ¿cómo podrá satisfacer por la pena temporal? Estas son cosas imposibles. Es mas: si un sacerdote (lo que Dios no permita) fuera tan horriblemente desgraciado que á sabiendas y queriendo osara celebrar con mala conciencia, ¿quién duda que su acción, en cuanto personal, sería un abominable sacrilegio que *nada impetraría*, antes bien excitaría y aumentaría contra sí la ira divina? La Misa en sí misma sería excelentísima y produciría sus hermosos efectos; mas la acción particular de sacerdote sería horrible.

El fruto impetratorio pende en gran parte de la dignidad del que ora, y los pecadores pueden poner obstáculos á la misericordia de Dios; pero como en la Misa concurren *muchos intercesores*, y varios de ellos santos, no se puede dudar que la impetración en el santo Sacrificio, es más eficaz y se consigue con más seguridad lo que se desea.

12. Pero sobre todo ¡gloria á Dios! la impetración es mucho más poderosa cuando el sacerdote celebra *en nombre de la Iglesia*, ó sea cuando cumple el cargo que por la Iglesia le ha sido encomendado. En este concepto ciertamente no merecemos personalmente por la Misa, ni tampoco recibimos fruto satisfactorio; porque quien obra es la Iglesia; pero en cambio la *impetración es eficazísima*, porque la Iglesia es santa, contiene en su seno multitud de almas virtuosas, y como esta virtud y santidad es presentada á Dios por el sacerdote al rogar por nosotros, es indudable que el Señor queda complacido y que nos otorga por la Misa cuanto pida para nosotros, si nos fuere conveniente. Si la oración por sí sola es una omnipotencia suplicante; si haciéndola en común acrece mucho su eficacia; si uniéndola con la intención á Cristo y em-

pleando las mismas palabras que El nos enseñó en la *Oración dominical* es inconcebible su fuerza impetrativa, ¿qué será cuando, además de estas condiciones, se ore dentro de la misma Misa, en aquella ocasión solemne, hallándose Cristo presente y uniendo á El su mente y su intención su amadísima Esposa la Iglesia? Jamás—dijo Suárez—puede la Iglesia dejar de ser santa y agradable á Dios, como obra predilecta de su amor (1).

Ahora bien: la participación de los frutos del Sacrificio eucarístico no es la misma en todos los fieles cristianos, pues éstos perciben más ó menos según la cooperación que tengan en él.

Los sacerdotes que celebran perciben el fruto *personal*.

Aquellos por quienes se aplica la Misa reciben fruto *particular*.

A los que asisten al altar y á los que se hallan presentes al Sacrificio les corresponde el fruto que llaman *asistencial*.

A todos los fieles cristianos en común les alcanza el fruto *general*. Estas ideas conviene que sean ampliadas y bien entendidas.

13. FRUTO PERSONAL.—Este es propio del Sacerdote que celebra y procede del digno desempeño de su sagrado ministerio. No se puede dudar que ejerciendo debidamente funciones tan excelsas, y hallándose tan vecino al Señor, su fruto ha de ser grandioso, no sólo por razón del Sacramento augusto que al comulgar en la Misa recibe, sino también á causa del Sacrificio ofrecido. Percibirá realmente el fruto que llaman *ex opere operantis*, y además el llamado *ex opere operato*; y tan suyos hace dichos frutos que, al menos algunos, no puede transmitirlos á los demás. ¡Cuánto ha sublimado el Señor á los Sacerdotes católicos, y cuántos medios de santificación ha puesto en sus manos.

14. FRUTO PARTICULAR.—Llamamos fruto *particular* ó *ministerial* al que el Sacerdote, obrando en nombre de Cristo y de la Iglesia, aplica por algún hombre ó fin determinado. Así como cuando oramos especialmente por alguna necesidad particular tiene la oración (en igualdad de circunstancias) mayor eficacia que si oráramos en general, así también, según la doctrina católica y la práctica de la Iglesia, se ofrece el Santo Sacrificio especialmente por ciertas necesidades y por ciertas personas, para que reciban un fruto particular. Al sacerdote celebrante corres-

(1) Suárez: *De Orat.*, lib. IV, cap. I, n. 10.—Trat. IV, *De Relig.*—Esto no es decir que siempre se haya de obtener infaliblemente el beneficio pedido en la Misa por tal ó cual persona en particular, en cuyo favor la Iglesia, por el ministerio del sacerdote, ruega; porque como la oración es en favor de otros, éstos pueden poner impedimento, igualmente que en las oraciones hechas fuera del Santo Sacrificio.

ponde hacer esta aplicación, puesto que obra inmediatamente en nombre de Cristo y de la Iglesia, y además le pertenece dar á su acción ministerial cierta determinación en favor de tales ó cuales personas y fines. Por consecuencia, cuando celebra y aplica la Misa por tal ó cual persona particular, ésta recibe, si es capaz de ello, el fruto *satisfactorio*, y además el *propiciatorio* é *impetratorio* en virtud de lo obrado. He aquí por qué los buenos cristianos forman tanto empeño en mandar celebrar y aplicar por su intención cuantas Misas pueden.

15. FRUTO ASISTENCIAL.—Para consuelo y provecho de los fieles que no pueden ordenar la celebración del Santo Sacrificio, hay un tercer fruto que llaman *asistencial*, que hacen propio, al modo antes dicho, todos los que devotamente se hallan presentes, ó en alguna manera asisten á la Misa; pues ellos son de un modo particular recomendados á Dios por el Sacerdote celebrante cuando dice: *Acuérdate, Señor, de todos los circunstantes, cuya fe y devoción te es conocida, por los cuales te ofrecemos, ó ellos te ofrecen, este sacrificio de alabanzas, por sí, y por todos los suyos; por la redención de sus almas...* (Memento pro vivis.)

Ya se comprende que este fruto *asistencial* es mayor en los fieles, no sólo según su mayor disposición y capacidad, sino también según su mayor unión con el sacerdote que celebra; pues el que ayuda á la Misa ó sirve de ministro sagrado en las solemnes, claro es que coopera más y, hablando en general, percibe más provecho.

16. FRUTO GENERAL.—Por último, además de los frutos dichos, produce la Misa un *fruto general*, común á todos los fieles, pues por todos, vivos y difuntos, ruega el sacerdote y por todos ofrece la Iglesia el Santo Sacrificio. ¡Cuán grande es la bondad de Dios! ¡Cuán misericordioso el Corazón de Jesús! ¡Cuán tierna y cariñosa Madre es para nosotros la Iglesia católica!

Mucho son de notar las gradaciones que hay en los fieles cristianos en la participación del valor infinito de la Misa. Grande es el fruto *general*, mayor el *asistencial*, mucho mayor el *particular*, y sobre toda ponderación el *personal*.

17. El sacerdote representa á Cristo, hace sus veces en el altar, obra en su nombre y en el de la Iglesia, y obra las más estupendas maravillas que pueden imaginarse... ¡Cuál será su mérito! ¡Cuál su galardón! Nada diremos á nuestros carísimos hermanos, pues ya nos dijo á todos el seráfico San Francisco: *Reparad bien, hermanos sacerdotes, vuestra dignidad, y sed santos, porque Cristo,*

á quien representáis, es Santo; y así como el Señor Dios os honró, á causa de este misterio, sobre todos los hombres, así también vosotros, por razón del mismo misterio, amad, reverenciad y honrad á Dios. ¡Grande miseria, y grande calamidad digna de ser llorada, cuando teniendo á Jesucristo presente en el altar, no cerráis los ojos á todo cuanto existe en el mundo (1).

Si los que ayudan y asisten al altar, según sentencia probable, perciben el fruto *impetratorio* y *propiciatorio* mayor que el resto de los fieles, y además el fruto *satisfactorio* en virtud de lo obrado, ¿qué diremos del sacerdote que ejerce ministerio divino?

Finalmente, concluiremos con el citado Serafin de Asís, diciendo: «Todo el mundo se llene de pavor, todo el mundo se estremezca, y todo el cielo se regocije, cuando el Hijo de Dios vivo se encuentre en el altar en manos del sacerdote. ¡Oh admirable grandeza! ¡oh estupenda dignación! ¡oh sublimidad humilde! ¡Que el Señor Dios del universo, é Hijo de Dios vivo, así se humille y se esconda bajo unos simples accidentes de pan, sólo por nuestra gratitud!»—Esto hace el Señor por nosotros: ¿qué hacemos nosotros por Él? Bien merece que lo consideremos en capítulo separado.

(1) Videte, fratres Sacerdotes, dignitatem vestram, et estote sancti, quia ipse sanctus est... (Opus. S. Franc. Seraph., tomo I, epist. XII.)

CAPITULO XXVII

Medios de acrecentar en nosotros el fruto de la santa Misa

1. Disposiciones para oír la santa Misa — 2. Necesidad de dichas disposiciones.

CONOCIDOS ya el *valor* del Sacrificio eucarístico, que es infinito, y los *frutos* principales que él nos reporta, tanto por ser una acción de Cristo en favor nuestro (*ex opere operato*), como por ser obra nuestra, buena y meritoria (*ex opere operantis*), es muy conveniente considerar ahora los medios de que podemos valernos para recibir más copiosamente dichos frutos.

1. Ante todo interesa saber las *disposiciones* que el Señor exige de nosotros para asistir á la Misa con mayor provecho y para unirnos íntimamente á Cristo nuestro Señor. Estas disposiciones son tres: Primera, *un principio de buena voluntad* para llegarnos humildemente á Dios. Y este era el sentimiento del publicano cuando dijo: *Señor, tened piedad de mí, que soy pecador*.—Segunda, *una fe viva* de la presencia de Jesucristo en el altar para inmolarse por nosotros.—Tercera, *un profundo respeto*, y juntamente *una grande confianza*, consecuencias necesarias de la fe en Jesucristo, presente en el Santo Sacrificio.

2. Cosas son éstas muy descuidadas entre los cristianos, y por eso no pocas veces se frustran ó aminoran los maravillosos efectos que Dios quiere producir en nuestras almas con el augusto Sacrificio eucarístico. Dichas disposiciones son como una necesidad de nuestro espíritu, reclamadas *por la unión íntima que el Bautismo establece entre Jesucristo y nuestro pobre corazón*. En la pila bautismal somos hechos miembros del divino Salvador, participamos de su real sacerdocio para el ministerio de orar, ofrecemos en unión suya, y por la mediación del sacerdote, el sacrificio de su cuerpo y de su sangre; y por consecuencia, debemos tener, en cuanto sea de nues-

tra parte, las mismas disposiciones que Jesús tiene por modo eminente en su Corazón divino.

Además, las referidas disposiciones son exigidas *por nuestra Madre la Iglesia*, guardiana ilustre del honor de Cristo nuestro bien. Antiguamente, antes de llegar á la acción esencial del sacrificio de la Misa, un diácono dirigía su voz á las gentes convocadas en el templo, ordenando que salieran de él todos los que no fueran dignos de tan altos misterios; y salían los infieles, los judíos, los excomulgados, los catecúmenos y los penitentes que habían sido admitidos á presenciar la primera parte de la Misa, ó sea la preparación para ella. En el día de hoy la Iglesia abre sus templos á todos los cristianos, á justos y á pecadores, exigiendo sólo la contrición interior de sus culpas y el deseo sincero de ser perdonado y de volver á la gracia de Dios.

Pues bien; previas estas disposiciones, sólo resta trazarse un *método* práctico para asistir con mayor fruto al Santo Sacrificio. Muchos son los libritos devotos que tratan de este piadoso asunto, y que andan en manos de todos; por cuya razón nosotros sólo indicaremos un método, que nos parece preferible, añadiendo algunas significaciones de las diversas partes y ceremonias de la Misa. Trataremos, pues, dos puntos:

- 1.º Método para oír fructuosamente la santa Misa.
- 2.º Significación de las partes principales de ella.

§ I

INDÍCASE EL MODO DE OÍR FRUCTUOSAMENTE EL SANTO SACRIFICIO

3. Diversos métodos para oír con fruto la Misa.—4. Cuál es el más fácil y provechoso.—5. Adoración.—6. Acción de gracias.—7. Satisfacción y perdón.
8. Petición de gracias.—9. Ejemplo práctico.

Grande cosa es, sin duda, concurrir al templo para oír la santa Misa con aquel respeto y profunda veneración que inspiran el lugar santo, la presencia de Dios, de los ángeles y de los fieles, juntamente con el pensamiento del augusto misterio que se va á realizar; pero como nuestra fragilidad es grande, la devoción pequeña, las distracciones largas y la vigilancia corta, es de necesidad ayudar nuestra flaqueza con alguna industria apropiada á tan sublime acto religioso.